

- Portada
- Audio y Video
- Los 10+
- Raíces
- Jineteras y más
- Documentos
- Proyecto Varela
- Reconciliación
- La Patria es de Todos
- Estadísticas
- Víctimas Cubanas
- Galería de Puerto Rico
- Isla del Encanto
- Galería de Cuba
- La del Turista
- La del Cubano
- Rostros Cubanos
- Nostalgia Cubana
- Servicios
- Multimedia e Internet
- Búsqueda
- Buscar en "El Veraz"
- Prensa Internacional
- Sitios de Puerto Rico
- Sitios de Cuba
-
- Artículos anteriores
- Divulgue la verdad
- Imprimir Artículo
- Envíe Artículo
- A Favoritos

| El Veraz | San Juan, Puerto Rico |

Memorias de los sucesos de la embajada del Perú



Por Jay Martínez

Hace 25 años ocurrió en Cuba un hecho único que llamo la atención del mundo. Más de 10,000 cubanos ingresaron en el curso de tres días al local de la Embajada del Perú en La Habana buscando asilo para salir de su país. El que escribe es uno de los protagonistas de aquella crisis que provocó el régimen cubano y que puso de manifiesto al mundo que la supuesta Revolución Cubana, que cumplía sus XX años, no era el paraíso que muchos pensaban. El error político de Fidel Castro fue dejar la Embajada del Perú sin protección militar.

Los antecedentes podíamos ubicarlos en el año 1978 cuando aquellos llamados "gusanos", los cubanos que se fueron en la década del sesenta, al inicio de la Revolución de Fidel Castro, empiezan a visitar Cuba. Era el curso de una primavera diplomática con la Administración del Presidente Jimmy Carter que incluyó un intercambio de Oficinas comerciales con los Estados Unidos.

La mayoría de los visitantes vivían en los Estados Unidos y entonces, casi 20 años después, regresaban a Cuba convertidos en mariposas cargados de regalos, ropa, golosinas, perfumes y muchos dólares; demostrando así que fuera de Cuba se podía prosperar en todos los sentidos.

Esta exposición a la abundancia material provocaba sin dudas un cambio en la mentalidad del cubano. Una oleada de impaciencia e irritación se percibía en algunos sectores de la población. En el transcurso de 1979 se dio una epidemia de casos de cubanos intentando ingresar en Embajadas en La Habana con el fin de solicitar asilo político. Ninguna de estas situaciones era difundida por la prensa oficialista. Sin dudas, era embarazoso para el régimen reconocer ante el mundo que los cubanos estaban huyendo del "Paraíso Socialista".

A fines de 1979 la Embajada del Perú recibió a su primer asilado, Angel Galvez, un policía de tránsito que había hecho amistad con los policías que custodiaban la Embajada. En varias ocasiones se le había visto llegar de uniforme, con su moto. Una de las veces se puso a conversar con los guardias y de buenas a primeras brincó la cerca y pidió asilo

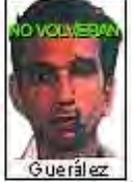
político con uniforme y pistola. Eso fue algo que todo el mundo supo en Cuba pero que al principio no lo difundieron.

También cuentan que en la Embajada de Venezuela todos los días pasaba frente a la sede diplomática un deportista corriendo todas las mañanas con una garrocha de salto alto en la mano y saludaba a los guardias de la custodia. Un buen día que los guardias aparentemente cambiaban de posta el ágil corredor afincó su vara en la acera y de un salto voló la cerca de 12 pies de alto y entró en la sede de Venezuela al estilo Power Rangers.

Ya con Gálvez dentro y a eso de las 8.30 de la noche del 17 de enero 1980 ocurrió el primer ingreso violento. Era una guagua Leyland de la ruta 32 que salía de la Playa de Marianao. Se metió violentamente contra el portón de la embajada del Perú rompiendo la estructura de cemento y acero y logrando entrar con 12 personas a bordo, cuatro hombres, tres mujeres y cinco niños. La noticia corrió como pólvora en toda Cuba a través de "radio bamba" y recuerdo que nosotros fuimos hasta la Embajada días después para comprobar la noticia y efectivamente la verja y el muro estaban destruidos y comenzaban a reconstruirlo. Cinco días más tarde Edgardo



Usted Opina



• Verdugos o Espías



• Disidentes



• Cartas de Cuba

Su Publicidad aquí



de Habich Rospigliosi, entonces embajador del Perú en la Habana llegó a un acuerdo con el régimen y permitió que fuerzas especiales cubanas ingresaran armadas a la embajada y sacaran al grupo de sus predios supuestamente para que tramitaran su salida del país desde sus casas.

Eso le costó el puesto de Embajador al Sr. Habich ya que el acuerdo se había efectuado sin la aprobación del gobierno del Perú. El Sr. Belaum de Terry, Presidente del Perú en aquella época inmediatamente le dio órdenes al Ministerio de Relaciones Exteriores y designó al Sr. Arturo García, entonces Ministro de su Gobierno para que se devolvieran a la embajada a todos los asilados cubanos. Este reingreso se produjo en la madrugada del 23 de enero de 1980 para que el gobierno cubano no se enterara. La mayoría eran familiares lo que hizo más fácil el operativo que se realizó con vehículos diplomáticos. El Sr de Habich mientras tanto fue retirado de la embajada. A finales de enero llegó el Sr. Ernesto Pinto Basurco a la embajada del Perú en la Habana como Encargado de Negocios. Gustavo Gutiérrez permanecía como Cónsul General.

A mediados de febrero entraron tres cubanos más, caminando por la acera, dos mujeres y un hombre; el 28 de marzo un segundo ómnibus con tres personas a bordo irrumpió en la sede. Pero fue el incidente del 1ro de abril el que desató la crisis en Cuba.

Era la mañana del 2 de abril de 1980. Sábado. En la Playa de Santa Fe, al norte de La Habana, donde yo nací, amanecía con mucha tranquilidad como era de costumbre. Pero ese día el ambiente tenía algo diferente. Se rumoraba que muchas personas habían abandonado sus casas. Familias completas y habían entrado en la Embajada del Perú en la Habana.

Yo me encontraba esa mañana en una cafetería que se llamaba Vista Alegre y el rumor de los que allí se reunían para tomar café, acabado de colar, era que mucha gente estaba entrando en la Embajada del Perú porque el gobierno había retirado la custodia de la sede diplomática. Pasó todo el día y el rumor crecía y más personas abandonaban sus casas. A las 8.30 PM de la noche del sábado me fui para la fiesta de quince de una vecina. Sus padres me habían escogido para ser el compañero de baile de Olga Lidia, así se llamaba, y tomarme las fotos con ella no por que yo fuera el más bonito sino porque era el único que tenía un traje en todo el barrio y podía usarlo para las fotos. Este traje me lo había llevado mi hermana Connie, que vivía en los Estados Unidos, en un viaje que dio a Cuba en 1979 con la Comunidad.

Las fotos se tomaron en mi casa de Santa Fe. La sala, aunque humilde, era muy bonita y mi mamá la tenía decorada con cortinas y cojines de colores en los muebles. Ella misma los confeccionaba ya que mi madre había estudiado en la Escuela del Hogar en Santa Clara cuando niña y había aprendido decoración. Nos tomamos las fotos protocolares simulando que bailábamos y que su papá me la entregaba en el baile, entre otras poses. Estando parado en el portal de mi casa llegó un amigo y vecino, Omar Ravelo, él tenía 24 años y yo 16. Me comentó lo de la Embajada y me dijo: "Jay, mis abuelos escucharon por la voz de las Américas que aquello está lleno y que ya es un conflicto internacional y que hasta el Papa piensa intervenir a favor de los exilados, vámonos para allá". Yo no lo pensé ni un segundo y le dije: "Omar, déjame cambiarme de ropa y decírselo a mi mamá". Entré en la casa me cambié de ropa y le dije a mi madre: "Me voy para la Embajada, esta es la oportunidad de mi vida, siento que ahora sí me gané la salida, hay miles de gente allí dentro y no pueden meter tanta gente presa". Ella me preguntó si yo estaba seguro y le conté lo que dijo el abuelo de Omar quién había escuchado la noticia por la radio de onda corta. Mi madre con lágrimas en los ojos y muy asustada me dio el último consejo: "Mi'jo tu ve y mira bien primero todo, no entres a lo loco, verifica y si ves que es seguro entonces entra". Me dio un beso en la frente y me bienjo.



Partimos en guagua hacia la Playa de Marianao y en el trayecto se nos unieron los hermanos Joel Díaz la Rosa y Roberto, el primero de 15 años y el segundo de 20. Tomar aquella decisión no era nada fácil si tenemos en cuenta que el régimen de Fidel Castro se encontraba en su mejor momento económico, político y contaba con el apoyo incondicional de la Unión Soviética, una super potencia cuyas relaciones con el tirano estaban en todo su apogeo. La represión de aquellos tiempos era muy fuerte y en aquella época hasta por llevar el pelo largo y por escuchar música americana o reunirse en las esquinas en grupos te arrestaban. Existían dos leyes, una era la Ley de Peligrosidad y la otra, la famosa Ley del Vago y ambas se aplicaban sin contemplaciones. Eran de 2 a 10 años de cárcel sólo por ser sospechoso o por no tener trabajo.

Eran ya alrededor de las 10 PM de esa noche de sábado de Gloria. Tomamos la guagua en la esquina de la Cafetería Vista Alegre. La ruta 191 nos llevo hasta la Playa de Marianao y posteriormente la ruta 132 nos dejo cerca de la Embajada del Perú.



Tuvimos que bajarnos como a cuatro cuadras de la sede diplomática porque la policía se encontraba en la calle y tenían desviada todas las guaguas que pasaban por la Quinta Avenida.

En el ómnibus en el cual nos dirigíamos a la Embajada viajábamos alrededor de 40 personas y todas se dirigían hacia el mismo lugar. Recuerdo que había en la calle mucha presencia militar y policíaca, armada y con perros, y hasta montada en caballos, aspecto que acaparo enseguida mi atención.

A la vez que nos íbamos acercando a la sede escuchábamos un murmullo que me recordaba cuando visitaba el Estadio del Cerro a ver algún juego de pelota. Mientras

caminábamos se veían mas personas dirigiéndose hacia la misma dirección.

Llegamos a los alrededores de la Embajada. El jardín del frente estaba ya completamente lleno. Entramos por un costado de la casa y caminamos hacia el patio el cual estaba protegido por un cerca de alambre de 12 pies de alto. Por una de las esquinas la cerca estaba doblada hasta el piso y por ahí la gente estaba entrando.

Había alrededor de ocho mil personas. Los rostros de las personas se veían muy felices. Eso me dio mucha confianza en mi mismo y me hizo recordar el consejo de mi madre que mirara bien primero y que si me sentía seguro entonces entrara.

El primero de nosotros en entrar fue Joel con solo 15 años de edad. Después le siguió su hermano Roberto y mas atrás entro Omar. Yo fui el último. Les tengo que confesar que a mi lado había un señor que decía que nos iban a coger a todos presos y que aquello era una trampa del gobierno.

Joel me llamaba y me decía que entrara y yo no me decidía. 20 minutos después se comenzaron a sentir disparos al aire y la gente comenzó a correr hacia donde yo me encontraba parado. Eran miles de personas corriendo y todos tratando de brincar la cerca al mismo tiempo. Cuando mire hacia atrás vi que se acercaba un cordón de policías fuertemente armados hacia donde yo estaba. Entonces me decidí y di el salto. Una vez dentro nos abrazamos los cuatros y en ese momento hicimos un pacto: entramos juntos y saldremos todos juntos.

Estábamos dentro de la Embajada. No había paso atrás. La Policía había tirado un cerco alrededor de la sede y empezaron a arrestar a todos los que se quedaron fuera. Esa noche siguieron llegando gente de todas partes de La Habana. La noticia había corrido como pólvora pero ya era tarde. Todo el que se encontraba merodeando por los alrededores lo arrestaban. Las primeras horas pasaron rápidamente. Como a las tres de la madrugada el sueño comenzó a rendirnos. Entonces el problema era donde nos íbamos a acomodar. Estaba todo completamente lleno. Logramos un huequito debajo de una mata de mango donde apenas podíamos sentarnos. Pusimos espaldas con espaldas. Descansamos uno apoyado en el otro hasta el día siguiente.

De momento se escuchó una gritería. Se veía personal de la Embajada que bajaba hacia el patio. Un niño, aparentemente recién nacido, lo llevaban envuelto en una sábana llena de sangre hacia dentro de la casa. Se comentaba que la madre había dado a luz en el patio y entonces el niño era peruano. Según las leyes internacionales había que sacarlo de Cuba y enviarlo al Perú inmediatamente. Fue el comentario del día. Pero los funcionarios de la Embajada consiguieron un médico y éste certificó que el niño había nacido el día antes. Y en efecto, luego su madre confesó que se había fugado del Hospital con el bebé de horas de nacido y había entrado en la Sede con él en brazos.



LO QUE DESATO LA CRISIS

A eso de las 4.45 pm de ese Viernes Santo se escucharon ráfagas de metrallata en los alrededores de la embajada del Perú en la Habana. Otro autobús había entrado violentamente por el portón del garaje. Se trataba de otra guagua de la ruta 132 que salía de la playa de Marianao y pasaba por 5ta avenida en esta ocasión con 12 cubanos a bordo del ómnibus.

Lograron entrar a la sede diplomática. Esta guagua tenía algo peculiar. La habían reforzado con planchas de acero en sus laterales y por dentro llevaba sacos de arena a todo lo largo y de 100 libras cada uno para protegerse de las balas. La precaución no fue en vano. Los guardias de la custodia cosieron a balazos la guagua resultando solamente herido el chofer en una nalga y una pierna.

Mientras los guardias disparaban con ráfagas de metrallata el ómnibus una bala reboto y mato a uno de los guardias. Con el tiempo se comprobó que había sido un accidente y no un asesinato como el régimen quería aparentar ya que los asaltantes no poseían armas de fuego.

El gobierno cubano insistía que se trataba de un asesinato por parte de los delincuentes amparados por la embajada del Perú. Y no perdieron el tiempo.

Elevaron al muerto a héroe de la revolución. Pedro Ortiz Cabrera, era su nombre, y quien posiblemente era un buen cubano que cumplía con su deber de recluta del Servicio Militar Obligatorio. Luego de dos días de negociaciones con el gobierno peruano solicitándoles que devolvieran a los "delincuentes" y frente a la negativa del Perú de hacerlo Fidel Castro ordeno retirar la seguridad que custodiaba la sede diplomática y lanzo aquel famoso comunicado de prensa por el periódico



Granma que decía: “Por negativa del gobierno peruano a entregar a los delincuentes que provocaron la muerte del compañero Pedro Ortiz Cabrera el gobierno cubano se reserva el derecho de retirar la custodia de la embajada. Por lo tanto dicha sede queda abierta para todo aquel que quiera salir del país”. Y Cuba nunca se imagino la cantidad de gente que iba a entrar. Creo que fue el peor error político del gobierno de La Habana.

EN EL INTERIOR DE LA EMBAJADA

Alrededor de las nueve de la mañana del Domingo Santo todas las personas se veían muy alegres. Comenzamos a caminar y a encontrarnos con muchas caras conocidas de gente del barrio y nos abrazábamos llenos de alegría. La pregunta que nos hacíamos todos era la misma: ¿tú crees que nos ganamos la salida?

¿Lograremos irnos de Cuba? Entre abrazos, risas y saludos seguimos dando la vuelta por el interior de la Embajada. De momento se formó un molote en

el ala del jardín del frente y corrimos a ver lo que pasaba. Era nada más y nada menos que el Comandante Ramiro Valdés, Ministro del Interior, que se encontraba parado en la acera del frente observándolo todo. Lo acompañaban varios militares. Estuvo como una hora y hablaba por teléfono desde un jeep color verde olivo. En el interior de la Embajada del Perú nos encontrábamos personas de todas las edades. Muchos tenían radio de batería y sintonizaban La Voz de las Américas para conocer qué se decía acerca de nosotros. Para sorpresa nuestra ya éramos noticia a escala mundial.

La mañana se fue rápido y el sol comenzaba a castigarnos. Esta era la peor parte del día pues aunque muchas personas, sobre todo las familias, habían entrado preparadas con algunas provisiones la mayoría estaban como nosotros sin nada. Donde único se podía tomar agua, con las manos, era en una pluma del patio de atrás que tenía como un pie de alto. Teníamos que ser rápidos pues la cola era de miles de personas. Recuerdo que una de las oficinas de la primera planta de la casa se desocupó y la tomaron como baño y las personas hacían las necesidades fisiológicas en el piso y aquello se iba acumulando. Al cabo de tres días la peste era insostenible y lo que se hacía era que paleaban el excremento para una esquina de la habitación.

En las afueras de la embajada se veía mucho movimiento del ejército y la policía. A un costado de la casa montaron unas mesas y altoparlantes. No sabíamos que era lo que tramaban. Como a las tres de la tarde comenzaron a dirigirse a nosotros a través de un audio que nos decía que el gobierno revolucionario iba a suministrar alimentos, leche y agua potable para todos.

En efecto, comenzaron a llegar unos camiones militares y se acercaban a la cerca que protegía el patio y empezaron a tirar cajitas con comida y unas bolsas plásticas con agua y leche. Como era de esperar se formó el caos.

Sólo las personas más fuertes podían alcanzar lo que tiraban al aire como si fuéramos perros. La mayoría se caía al piso porque la gente en su desesperación de atrapar algo se empujaban y se daban golpes. Los que tenían niños o ancianos hacían lo imposible por atrapar la comida. Nosotros tratamos de coger algo pero era imposible. Había que fajarse con aquella gente y dijimos, olvídale, vamos a resistir hasta que podamos. Aquello el régimen lo tenía bien orquestado. Comenzaron a sobrevolar el área varios helicópteros filmando aquellas escenas de desesperación para empezar con su propaganda y demostrar que el gobierno nos estaba alimentando.

Aquello terminó y todo volvió a la normalidad. Había anochecido y teníamos que volver a nuestros puestos y tratar de sentarnos para poder conciliar el sueño y al amanecer ver qué ocurría con nosotros.

Era lunes y por primera vez los funcionarios de la Embajada se dirigían a nosotros. Salieron al balcón de la casa que daba al patio allí era donde había mayor cantidad de personas. Eran dos diplomáticos jóvenes con un megáfono en la mano. Uno de ellos dijo: “Hermanos, quien les habla es el señor Armando Lecaros de Cocio y él es Jorge Bernal, ambos hemos sido nombrados por nuestro país para tratar de resolver esta crisis con el gobierno de Cuba, necesitamos la cooperación de ustedes, sabemos que están pasando por un momento muy difícil y nosotros no podemos darle la ayuda de alimentos, agua y atención médica que ustedes necesitan. Nuestro personal radicado en la Habana es bien limitado y también nuestras reservas de alimentos” y agregó “Las autoridades cubanas nos han informado que ellos se mantendrán dándoles alimentos y agua y que ya se han comenzado a instalar casas de campaña en los alrededores de la sede para ofrecerles primeros auxilios a todo aquel que lo necesite dándonos las garantías que todo aquel que salga de la Embajada pueda volver a entrar a la misma hasta que se resuelva la crisis y esperamos esto suceda pronto para el bien de todos ustedes, de Cuba y del gobierno del Perú”.

Así fue. Algunas personas salían a verse con el médico, los atendían y regresaban al patio de la casa sin problemas.





Como a las seis de la tarde de ese día se sintió un silencio sepulcral. Caminamos al frente, con mucho trabajo, para ver lo que pasaba y era nada más y nada menos que el Comandante en Jefe en persona que estaba parado frente al edificio mirando con unos anteojos todo lo que allí estaba pasando. Estuvo allí alrededor de 15 minutos y se fue en un carro negro estilo limosina. Todos teníamos miedo. Nadie se atrevió a gritarle nada por temor a ser barridos o encarcelados. Sin embargo, cuando los helicópteros sobrevolaban la embajada la gente sí les gritaba y hacían señas con los dedos en forma de la V de victoria.

La noche del martes comienzan a hablarnos con el audio y empiezan el lavado de cabeza. Nos decían que saliéramos y que nos iba a dar pasaporte y un salvoconducto para que pudiéramos regresar a nuestras casas y esperar cuál país nos daba visa. También nos decían que no nos querían y que no nos necesitaban. Eso era toda la noche y la madrugada con el mismo sonsonete y como era de esperar las personas más débiles o ancianas comenzaron a rendirse por el hambre y el cansancio y empezaron a salir. Después los usaban de señuelos con sus voces dando testimonio a sus familiares o amigos para que salieran de la Embajada. Esto era día y noche y ya el jueves se notaban muchos espacios vacíos. Mucha gente había regresado a sus casas.

En la mañana del jueves todo el mundo se veía muy agotado especialmente los que llevábamos desde el sábado en la noche sin ingerir alimentos sólidos. Sólo tomábamos agua de la pluma del patio porque ya las famosas cajitas de comida y la leche no estaban llegando. El gobierno estaba enfrentando muchos problemas de desertión pues varios reclutas que venían guiando los camiones y repartiendo los alimentos se tiraban de los vehículos y entraban en la sede.

Recuerdo a un muchacho de Santa Fe que su papá era chofer de una viceministro en aquella época. El joven llegó hasta allí y como conducía un carro con chapa estatal la policía lo dejó pasar hasta el área donde estaba la Embajada.

Estacionó el carro, se bajó y sin pensarlo entró. También recuerdo un señor como de 90 años que estaba en una esquina sentado solo. Yo me le acerqué y le pregunté: "Abuelo, ¿cómo usted entró?" Y me dijo: "Mijo, yo estaba en mi casa y mis hijos y nietos me dijeron que me traían a una fiesta de 15 años aquí a esta casa. Entramos y todavía estoy esperando que repartan el cake y los refrescos".

También conocí a un hombre que se encontraba sentado en la misma entrada de la casa envuelto en la bandera peruana. Aparentemente la había bajado del asta y yo le dije que llevaba cinco días envuelto en la bandera y le pregunté por qué.

El señor me dijo que mientras estuviera envuelto en ella no podían tocarlo, si entraban, porque la bandera del Perú tenían que respetarla.

En otra ocasión, se formó una fogata grande en el medio del patio y corrimos a ver qué pasaba. Pensamos que estaban cocinando y lo que ocurría era que estaban quemando muchas carneses del Partido Comunista y de la Juventud pues aparentemente allí se encontraba mucha gente que eran miembros y este acto lo hacían como una forma de renuncia y de protesta.

Nosotros estábamos muy cansados y cada vez caminábamos menos pues ya no teníamos mucha fuerza. El hambre, la sed y el sol nos tenían muy agotados.

Mientras las personas continuaban saliendo y marchándose a sus casas recuerdo que en la noche del jueves, aunque estábamos más cómodos, al menos podíamos estirar los pies ya que se habían marchado por lo menos unas 3000 personas; comenzamos a pensar en la salida de la embajada porque no aguantábamos mucho más.

Eran como las siete de la noche y se formó una algarabía y cuando miramos era el Cónsul con personal diplomático que se iban a dirigir a nosotros mediante un megáfono. El Señor Lecaros nos dijo que esto era lo único que habían podido conseguir de alimentos y que lo estaban compartiendo con nosotros.

Comenzaron a tirarnos unos sacos de papa cruda desde el segundo piso y ahí se formó el corre corre. Gracias a Dios pudimos atrapar algunas de ellas en medio de aquel caos. Entonces el problema era cómo las cocinábamos. Recuerdo a Omar Ravelo que me miró y me preguntó: "¿Tienes canina?" Yo le dije: "Estoy partido" y se echó a reír. Entonces dijo: "Mira, ésta es la única opción". Comenzó a meterle mordidas como si fuera una pera o una manzana. Nosotros hicimos lo mismo y debo confesarles que después de la segunda mordida me sabía riquísima. Es cierto el dicho que cuando hay hambre todo sabe bien.

Después de comernos las papas crudas nos animamos un poco. Con el estómago lleno nos dijimos: "Sí mañana hay más papas, de aquí no salimos hasta que nos den el pasaporte y el permiso de salida definitiva".

Era la mañana del viernes y cuando nos despertamos, para sorpresa nuestra, se había ido mucha gente. Aparentemente en la madrugada ya que el régimen se pasaba toda la noche con el audio invitando a la gente a que saliera de la embajada para gestionarles el pasaporte y el permiso de salida y que se marcharan a sus casas con un salvo conducto que les garantizaba que no iban a ser molestados y que podían salir de Cuba una vez consiguieran visa de algún país.

Ya algunos países habían comenzado a dar visas humanitarias. Recuerdo que España dio 350 visas, Canadá 600, Costa Rica 250 y Perú 750. Esto se comentaba entre los que estábamos allí dentro pues lo escuchábamos en la radio de onda corta. Sabíamos también que el exilio de Miami estaba eufórico y que se estaba preparando una marcha y un telemaratón para recoger dinero para ayudarnos a nosotros. Eso nos daba mucho aliento pues sabíamos que no estábamos solos.



Era tanta el hambre que pasamos allí que la mata de mango que los primeros días nos protegía del sol y en la noche del sereno, ya que era un árbol bien frondoso, estaba sin hojas completamente pelado. Parecía como si el invierno le hubiera tumbado las hojas y eran los refugiados que por el hambre empezaron a hacerse cocimientos con agua y alguna lata de leche que encontraban vacía la usaban de recipiente. Otros se las comían crudas. Todos esperábamos que ese día dieran más papas crudas pero no fue así. No dieron nada y el hambre y la desesperación por el cansancio y el sueño nos empezaba a poner de muy mal humor y todos estábamos muy irritados. Por cualquier cosa se formaban peleas entre nosotros.

En los alrededores de la Embajada se veía al régimen que estaba preparando algo. No sabíamos lo que era pero se veían carpinteros preparando tarimas en los alrededores e instalando cables eléctricos. En ese momento no nos imaginábamos lo que se estaba preparando y una semana después cuando ya estábamos en nuestras casas entendimos para lo que era.

Prepararon una marcha gigante al estilo socialista y supuestamente, según datos del régimen, desfilaron por el frente de la embajada, en 5ta Avenida, más de un millón de personas en un acto de repudio televisado. Aquello se transmitió en vivo y se transmitió a toda Cuba. Fueron como 12 horas de transmisión. También se veía mucha vigilancia pues yo sabía de mucha gente de mi barrio que fueron a la marcha para ver si se podían meter en la embajada. La doble moral siempre ha existido en la población cubana desde que la dictadura empezó a coartar las libertades individuales. Continuaban saliendo mucha gente y cada vez los testimonios de los que salían se escuchaban más. Le daban aliento a los familiares y amigos que quedaban dentro para que salieran de la Embajada. Nosotros estábamos muy cansados y con mucha hambre y ya comenzábamos a tener síntomas de deshidratación. El sol era muy fuerte de día y de noche hacía mucho frío porque casi todos los días llovía en las tardes.

Comenzamos a estudiar la posibilidad de salir y llegamos a un acuerdo de hacerlo todos juntos. Esa noche decidimos que al otro día sábado, que se cumplía una semana, saldríamos de la sede si no sucedía algo extraordinario. Pasó la noche y al otro día en la mañana salimos los cuatros juntos de la embajada. En la calle, por un costado de la casa, se nos acercaron unos policías y nos montaron en un jeep y nos trasladaron a un lugar que le llamaban las canchas de 70. Era como un parque donde habían muchas canchas de tenis y de raquet ball y en una de estas canchas ellos habían montado una oficina de emigración. Había unas 300 personas pues ese día, al parecer, estaba saliendo mucha gente. Nos retrataron y nos dieron un pasaporte cubano con un cuño que leía: "Prorrogable cuantas veces sea necesario hasta que se produzca la salida definitiva del país". Nos dieron un salvoconducto que era como una carta donde decía que no nos podían detener ni arrestar y que estábamos protegidos bajo las leyes del Partido Comunista mientras tramitábamos la salida definitiva del país y que solamente para esos fines podíamos salir de nuestras casas. Era como una especie de arresto

Pero lo que no decía ese documento era la sorpresa que el régimen había preparado al llegar a nuestras casas. Ese día llegamos de noche, eran como las 11:30 pm. Todos entramos en nuestras casas sin ningún problema. Yo había rebajado como 20 lbs y cuando llegué, después de una semana sin bañarme ni comer, no tenía fuerzas ni para enjabonarme. Recuerdo mi madre me ayudó y luego mi hermana rápido detectó que tenía piojos pues yo me estaba arrascando mucho la cabeza y ella comenzó a tratar de curármelos. Cuando aquello se usaba alcohol y te ponían una toalla en la cabeza hasta el otro día.

Recuerdo que en la mañana comenzaron a llegar algunos vecinos y amigos a saludarme y preguntarme sobre el proceso. Se acercaban sólo los más valientes. Otros preferían no hacerlo para no verse comprometidos pues nosotros ya habíamos sido bautizados por el régimen como "escorias" y todo aquel que se acercara a nosotros se podía "contaminar" y meterse en serios problemas con el gobierno.

Como las 8:00 de la noche escuchamos a mucha gente gritándome en la puerta de mi casa horrores. Decían "traidor", "escoria", "delincuente" y "gusanos".

Comenzaron a tirar piedras contra la casa. El techo era de madera y tejas de barro y las piedras que tiraban hacían mucho ruido y rompían las tejas. Recuerdo también que quemaron un muñeco de trapo estilo espantapájaros en el portal de mi casa simulando que me daban candela a mí.

Me gritaban: "Jesús, lechuga, te cambiaste por un pitusa(jean)".

Quiero decirles que conmigo fueron bastante moderados en comparación con otras personas de Santa Fe pues para ellos no era un secreto mi descontento con el régimen y ellos sabían que yo siempre fui un desafecto a la revolución. Así era como nos llamaban. Eso es algo parecido a lo que es hoy en día un opositor o disidente. Estas turbas callejeras que abusaban del poder contra nosotros pues ellos estaban apoyados por el régimen y nosotros no podíamos defendernos estuvieron dando aquellos actos de repudio por más de dos semanas, día por día. Aquello era como una especie de tortura china. Hubo personas que les cortaron la luz y el agua y les hacían horrores con mayor ensañamiento porque de alguna forma habían estado llevando una doble moral con el régimen.





El miércoles en la mañana tocaron a la puerta. Era un funcionario de emigración que me traía la citación para presentarme en las oficinas que el gobierno había situado en la Playa de Marianao, exactamente en el antiguo Centro Náutico, que en aquel entonces era el Abreu Fontan.

Nos citaron a todos juntos y los tres fuimos a la cita acompañados de nuestros familiares. En este caso tanto Joel como yo éramos menores de edad según las leyes de Cuba. Recuerdo que en los alrededores de las oficinas había mucha gente con los famosos actos de repudio gritando y tirándole huevos y piedras a todas las personas que entraban en las oficinas. A muchos los esperaban en la misma parada de la guagua que te dejaba como a dos cuadras y allí mismo comenzaban a insultarlos y a golpearlos.

Era una situación muy difícil la que se estaba viviendo en Cuba en aquellos días. Nosotros ya estábamos avisados del problema y usamos una estrategia que en parte nos funcionó. Al menos escapamos de los golpes pero no de los insultos y los huevos. Nos bajamos tres paradas después del lugar y caminamos; de esta forma ellos no sospechaban que nos dirigíamos a las oficinas a tramitar el viaje. Una vez frente a las oficinas teníamos que caminar por una calle y en ambas aceras estaban las turbas gritando y lanzándonos piedras y huevos congelados que tenían el mismo efecto de una piedra si lograba alcanzarte. Al fin logramos llegar a las famosas oficinas y allí tuvimos que esperar varias horas y nos fueron llamando uno a uno y recuerdo que yo fui el último en pasar.

Para sorpresa mía y de mi mamá que me acompañó cuando la funcionaria vió mi Tarjeta del Menor que es como le llaman a la identificación que le dan a los menores de edad en Cuba nos dijo: "Él ha sido seleccionado para salir vía España, ya su visa ha sido aprobada pero hay un problema. ¿Dónde esta su papá? Yo le respondí. "En Miami". Ella nos dijo que de ser así yo no podía salir de Cuba porque

necesitaba la autorización de ambos padres. Yo le respondí: "¿Usted cree que si mi padre esta en Miami él no va a querer que yo salga del país?" La funcionaria en una forma muy arrogante me contestó que la ley es la ley y sin esa firma o una autorización escrita por él y debidamente legalizada no podía salir.

Yo miré a mi mamá con lágrimas en los ojos. En ese momento se me oscureció todo. Sentía que el techo de aquella oficina me caía encima. Pensé que era el fin de mi sueño: irme de aquel infierno.

Recuerdo a mi mamá, con el optimismo que siempre la caracterizó, cuando me decía: "No te desespere ni te pongas triste. Ese documento lo vamos a conseguir". Mi preocupación era el tiempo que aquello podía tomar pues la comunicación con Cuba era imposible y muchas veces había que pedir una llamada telefónica con un mes de anticipación. El Mariel todavía no había empezado y la única esperanza de salir eran aquellas visas. Mis amigos Joel Roberto y Omar tuvieron mejor suerte. Omar tenía 24 años y Joel y Roberto tenían a ambos padres en Cuba por lo que salieron con sus pasaportes visados y con fecha de salida del país. Los trámites de ellos fueron tan rápidos que una semana después me sentía muy deprimido y me preguntaba por qué a mí. Ellos me daban aliento pero yo lo que en verdad quería era irme de Cuba y en esos momentos lo veía imposible

Pasaron los días y a ellos les llegó el momento de salir. Recuerdo que eran como las 3 de la tarde y para mí resultó el día más triste de mi vida porque me quedaba y sin esperanzas de salir de la Isla. Ellos se iban rumbo a Europa, a la Madre Patria, sin familiares ni parientes ni amigos.

El destino para quiénes deciden marcharse de Cuba siempre es impredecible. Éramos tres jóvenes y un adolescente de 15 años y decidíamos comenzar una nueva vida en una tierra, donde se hablaba español, pero completamente extraña y desconocida para nosotros. Así se han ido de Cuba la mayoría de los cubanos a correr suerte sin nada porque el sistema comunista se lo roba todo y la gente no tiene derecho a poseer nada. Mientras tanto el tiempo pasó y como a los cinco días después de la partida de ellos mi mamá encontró en una gaveta del escaparate un Poder que mi papá había enviado a Cuba en el año 1968. En ese documento mi padre nos daba el permiso de salida a mi hermana Ileana y a mí.

Cuando lo vi me vino el alma al cuerpo. Al otro día decidimos irnos para Emigración a pesar de que me preocupaba que la fecha del Poder era de cuando yo tenía 12 años y podría haber expirado.

Nosotros estábamos reclamados para salir del país desde el año 1966 pero por alguna razón nunca pudimos salir. Cuando cumplí la edad militar ya prácticamente no quedaban en mí ninguna aspiración o esperanza. Salimos temprano mi mamá y yo y como ya tenía experiencia de mi visita anterior hicimos lo mismo. Nos bajamos dos paradas más lejos y después fuimos caminando. Recuerdo que ese día ocurrieron varios hechos que me impresionaron de gran manera y que de alguna forma marcaron aún más mi rechazo y desprecio por el sistema comunista imperante en Cuba. En una esquina había un joven como de 20 años y tres personas simulaban jugar con él. Le estaban dando con periódicos en la cabeza y por todo el cuerpo. De momento esa fue la impresión que tuve que estaban jugando. Al escuchar





los gritos de dolor del joven me detuve y vi como chorreaba sangre por la cabeza y el rostro. Me asusté y le dije a mi mamá que caminara más rápido. Luego me enteré que debajo de los periódicos lo que había eran cabillas de acero (pieza de metal que se usa en la construcción) y la disfrazaban con el periódico para que nadie se diera cuenta de lo que estaban haciendo. Al igual que este joven, miles de cubanos corrieron esa suerte de ser golpeados por el “grave” delito de pedir asilo político.

Llegamos a la entrada de las oficinas y había un grupo de gente en la esquina. Cuando fui a ver lo que pasaba era otro señor como de 50 años tirado en la calle con una varilla de pescar submarino atravesada en su antebrazo derecho. El hombre daba gritos y sangraba mientras que unas personas que merodeaban por allí le gritaban

escoria, traidor y gusano.

Aquello era como uno de esos circos romanos donde los esclavos se matan y el público pide más sangre. Cuba, por esos días, era un gran circo romano.

Después supe que este señor había sido Presidente del Poder Popular en su barrio y por eso lo torturaban. Ese cargo político es como una especie de alcalde al estilo socialista.

Al fin entramos a la oficina y nos entrevistó la misma funcionaria. Examinó el papel y nos dijo que el permiso estaba bien pero había un problema. En ese momento se me fue el alma del cuerpo. “Ya las visas se agotaron. Si ustedes logran conseguir algún país que le de la visa no hay ningún problema. El permiso de salida definitiva ya usted lo tiene y debe regresar a su casa y comenzar las gestiones. Le aconsejo que no salga a la calle para que evite las provocaciones con el pueblo revolucionario que esta muy indignado con lo que todos ustedes le han hecho a la Revolución”

Se vivían momentos de mucha tensión y angustia. Ya las visas se habían agotado y la gente no sabía qué hacer. En mi caso yo tenía permiso de salida definitiva y pasaporte listo pero no tenía visa de entrada y eso en aquel momento era algo bien difícil de conseguir debido a la crisis y a la mala propaganda que el régimen había emprendido en contra nuestra. A todos nos calificaban de escorias y delincuentes.

En Miami el exilio cubano comenzaba a prepararse para ir a Cuba a buscar a sus familiares en barcos y lanchas. Esto ocurrió debido a un pronunciamiento de Fidel Castro donde dijo que todo el que quisiera venir a buscar a sus familiares podía hacerlo ya que el gobierno no le iba a impedir a nadie la salida. El discurso fue como el día 17 de abril y como el 21 de abril de 1980 comienza el famoso puente del Mariel.

El Mariel es un puerto situado al nordeste de la Habana y por esos días se había convertido en “puerto libre para la emigración de cubanos hacia los Estados Unidos”. Comenzaron a llegar embarcaciones de cubanos exilados. Fueron recibidos por los guardacostas cubanos del régimen quiénes guiaban y acompañaban a los exiliados hasta el Puerto del Mariel donde podían embarcar a sus familiares y llevárselos a tierra de libertad en Miami. Esto desató en Miami un estado de sitio. Los cubanos se volvieron como locos lanzándose para las calles a buscar barcos, botes, lanchas lo que fuera. Ofrecían altas sumas de dinero para ir a buscar a sus familiares. El gobierno del Presidente Carter dijo que esto era ilegal y que iban a imponer multas a los dueños de las embarcaciones. También enfrentarían cargos criminales y suspensión de licencias de navegación. Esto no impidió que los barcos salieran en manadas hacia el Mariel. Era una oportunidad única para los cubanos de lograr reunirse con sus seres queridos que en la mayoría de los casos llevaban 20 años sin verse.

El 1980 fue un año de elecciones en los Estados Unidos y al Presidente Carter no le quedó otra opción que permitir la entrada de los cubanos. En una conferencia de prensa desde la Casa Blanca dijo: “Ellos son nuestros hermanos y el gobierno de los Estados Unidos les abre los brazos a todos los cubanos que quieran salir de Cuba”.

Estas palabras provocaron la explosión de emigración más grande en la historia de Cuba. 125 mil personas abandonaron su tierra en tres meses.

Mientras tanto el régimen comenzaba a sacarle provecho a toda aquella crisis que ellos habían provocado. Se corrió el rumor de que todo aquel que fuera desafecto a la Revolución podía salir por el Mariel. Era sencillo. Usted iba a una Estación de Policía y decía que era homosexual o que no estaba de acuerdo con el sistema y te daban una tarjeta blanca. También a los Testigos de Jehová.

El gobierno autorizaba a personas dementes, retrasados mentales, presos comunes y delincuentes.

El régimen vació las cárceles de presos comunes y delincuentes con el propósito de dañar la imagen del exilio.

Recuerdo que recogían a los locos de las calles y se los llevaban para que se fueran. Hasta Juan Charrasqueado vino por el Mariel.

Así siguieron pasando los días hasta que una noche, el 8 de mayo de 1980, tocó a mi puerta un militar de emigración con un motor rojo y me dijo que tenía que presentarme inmediatamente en la Playa de Marianao donde se encontraban las oficinas de emigración.

En ese momento pensé que estaba soñando. El instante más anhelado de mi vida había llegado. “Al fin me llegó la salida del país”, gritaba yo lleno de júbilo y alegría.

Eran alrededor de las 12 de la noche. Me buscaron un carro de alquiler y me fui como se va todo el que sale de Cuba, sin nada. Sólo con la ropa que llevaba puesta.





Cuando llegué a la Playa de Mariana me tocó salir al otro día en una guagua hacia el Mosquito, una playa que queda antes de llegar al Mariel. Allí había cientos de casas de campañas con catres y miles de persona que esperaban que les tocara el turno para ir al Mariel. Allí estuve tres días. Luego me trasladaron al Mariel y allí estuve dos días durmiendo en un almacén viejo que aparentemente había sido un depósito de cemento. Teníamos que dormir encima de este cemento. Esto me produjo mucha irritación en la piel sobre todo en el área de los genitales que estaban en sangre viva.

Allí nos tenían como vacas en una especie de corral. Divididos los hombres de las mujeres.

Como a las seis de la mañana me llamaron y me montaron en un precioso yate de 60 pies de eslora. Su nombre era RACHELL. Cuando entré al barco me recibió un cubano de apellido Mederos. Me dijo yo soy el Capitán del barco y te doy la bienvenida a bordo. Me dió una pastilla para el mareo y una malta. Nos explicó que el barco llevaba en Cuba más de 20 días y que no tenían muchas provisiones para darnos. Que les perdonáramos pues ellos no habían

venido preparados para tantos días y los alimentos se les habían agotado. Llegó el momento de salir y aquel precioso barco comenzó a navegar lentamente por la Bahía del Mariel buscando rumbo norte. Comenzó a tomar velocidad y como a la hora de estar navegando el Capitán con un megáfono nos dijo: "Bienvenidos a tierras de libertad. Ya estamos en aguas de la Florida. Son ustedes hombres y mujeres libres".

Mi sueño se había cumplido.

Historias de Cubanos Olvidados en el Perú.

EVANGELIO: Tal Vez Fue Un Error Venir Aquí...

Evangelio Francisco Blanco Vardés, llegó al Perú en 1980 con el grupo de 10 mil personas que pidieron asilo político a la embajada peruana en Cuba. Ya han pasado 25 años y Evangelio aún recuerda los momentos en que dejó toda una vida en la isla, para comenzar otra en un lugar que sólo conoció por libros que contaban historias de incas y conquististas. Tiene 70 años, pero parece de menos tal vez 50 o 60. Su desconfianza en las personas se muestra con las repuestas rápidas y concretas que siempre da incluyendo su leve balbuceo al hablar, defecto que se extiende de forma intensa, llegando hasta el delirio, cuando narra sobre su casa perdida en Pachacamac o de la familia que nunca llegó a formar en el Perú.

En Cuba

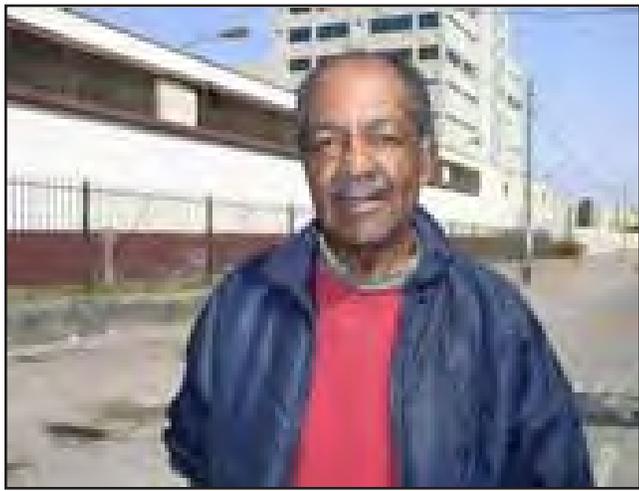
Yo crecí en La Habana, con la música de la Sonora Matancera. Desde el inicio pasé necesidades pero nos arreglábamos en mi casa para poder comer. En la Habana fui obrero, hacía todo tipo de trabajo, era albañil, gasfitero y pintor. Allí la comida es basada en las menestras: fréjoles, pallares o lentejas y lo acompañas con plátanos y algo de arroz; de bebida, sin duda, el ron. Uno en La Habana no deja de probar el ron y los puros, eso es inevitable. Bueno, te cuento que fui a la embajada el 4 de abril del ochenta, día en que Fidel decretó que la Embajada del Perú no tendría custodia. Y mira, Cuando llegué ya había cerca de mil personas, todo era un caos no se podía ni respirar. En un momento pensé regresar a mi casa pero no se por qué no lo hice. Aún recuerdo como nos peleábamos por la comida, agarramos un cuarto como baño, ya te imaginarias el olor, pero igual nos quedamos. Yo ya había perdido mi vínculo laboral, era obrero, y no sabía que hacer porque Fidel formó sindicatos y si tu, hermano, no estabas en uno de ellos difícilmente conseguías trabajo.

En Lima

Mira, si quieres te cuento como llegue aquí. Yo tenía 46 años en es época, ahora tengo 70 o sea que ya voy cumplir 25 en el Perú. Pero bueno, te contaré, bajamos del aeropuerto. El primer día dormimos allí, después nos llevaron al distrito de San Luis, en el parque Túpac Amaru, ahí permanecemos un buen tiempo hasta que el gobierno del presidente Belaunde nos donó el terreno en Pachacamac. Estuve viviendo ahí pero hace un año que lo dejé por una problema judicial que tiene la casa. Hasta ahora la vida no ha sido fácil. Y mira, aún recuerdo cuando salíamos a vender ropa por las calles y mercados, cuando recibíamos comida de la gente o cuando la mujer con la que estuve me dijo que ya no me quería. A ella la comprendo, porque no es fácil amar a alguien que no te ofrece muchas cosas para formar una familia.

Y mírame ahora, estoy en el ACJ, ya llevo 15 años limpiando carros. La gente ya me conoce me ayudan con lo que pueden. Pero todo cambia cuando regreso a dormir, hago lo posible para pagar el cuarto en el que vivo, en La Victoria, me cuesta 300 soles. Yo de esto, saco 200 mensuales y los otros cien me lo da la Comisión Católica Cristiana de Migraciones, si quieres puedes ir allá, queda aquí cerca, allí te pueden dar información sobre nosotros. Y mira, a veces se extraña la isla, no te puedo mentir, hasta ahora no se que ha pasado con mis padres si están vivos o no, también pienso que fue un error venir aquí pero de nada sirve regresar cuando no se es libre, esa es la gran diferencia. Aunque la verdad estoy aquí es por locura, me dijeron para venir al Perú y aquí me tienes. Además la gente es muy buena, te ayudan con lo que pueden y eso se agradece.

Hasta ahora, la diferencia entre un peruano y un cubano no la encuentro cada uno es como quiere ser o como ha sido formado, eso ya forma parte de uno mismo. La amistad, también, al principio una persona es tu amigo porque comparten cosas pero una vez que discuten la amistad se pierde, eso de la amistad es relativo hoy pueden estar juntos pero mañana no sabes lo que puede pasar.



Evangelio deja por un momento el trapo sucio, su herramienta de trabajo, y camina mirando a lo lejos, apoyado en el tronco de un árbol cercano, un botella de gaseosa, bebe un poco y luego coge una bolsa, donde trae su pertenencias, la abre mira lo que hay dentro: un polo, una chalina y un periódico y lo vuelve a cerrar. Se seca el sudor de la frente con el brazo y va de retorno al auto que dejó a mitad de trabajo. Es la una de la tarde y faltan aún diez horas para que finalice su labor. Lo dejó limpiando un Toyota del 90 y le dije sólo una palabra de despedida. Suerte.

INES: CUBA SE PARECE A MIRAFLORES

Inés Reyes Hernández tenía 16 años cuando llegó al Perú los recuerdos de Cuba ya no forman parte tanto de su vida, es más, hastacreó que es tan peruana como cualquier otra. Siempre con la mirada en el suelo tratando de pensar las respuesta que me va dando. Aún, mantiene su dejo caribeño, reemplaza la L por la R lo que causa bromas entre sus amigos. Y lo que sigue es lo que me contó sobre su venida al Perú

"Yo me metí a la embajada el 2 de junio del año ochenta, con mi padre, mi madre y mi hermano. Mi hermano y mi madre ya murieron yo vivo aquí con mis cuatro hijos, que son peruanos" me cuenta Inés haciendo un esfuerzo por recordar sus primeros días en Lima.

Ella vive en Villa El Salvador, en la zona de Pachacamac, desde el año 1983. "desde que llegamos aquí la gente nos ha tratado muy bien, te diré. Pero, hubo un tiempo en que la gente nos veía como lo peor. Fueron algunos hechos de delincuencia, que siempre hay en todas partes del mundo, y nos tildaron de lo peor. Esa es la velda-verdad-" dice Inés en un momento de la entrevista.

Inés me dijo que Fidel Castro ordenó abrir la cárceles en el año 1980, tiempo después del incidente con la embajada peruana, los delincuentes más peligrosos lograron escapar hacia Estados Unidos por el Puerto de Mariel y crearon el caos en ese país y de paso la gente se llevó un mal concepto de los cubanos. "Pero, al Perú no llegó ese tipo de gente. Además, en Cuba nos dijeron que el Perú iba a ser un puente hacia Estados Unidos. Y ya vez, seguimos aquí" para Inés el incidente en el puerto de Mariel hizo que se le negaran las visas hacia los Estados Unidos.

En la actualidad, muchas personas siguen pensando que al venir aquí, a Pachacamac, se exponen a cualquier acto de delincuencia. Durante la tarde que permanecí en este lugar no observe ningún acto de vandalismo. "Cuba es bien diferente al Perú se parece más al distrito de Miraflores, a su malecón, es bien limpio, sus playas son más bonitas, su arena es blanca y las calles son más angostas. Tu caminas por cualquier lugar y puedes encontrar palmeras y el cielo siempre es azul, esos es lo que extraño de Cuba. Sus Playas" Inés suelta una sonrisa de su rostro, la primera de la tarde, sentada en un rincón al frene de su hogar.

"Yo dejé un amor en La Habana era una joven que se estaba preparando para ser médico. Pero ya pasé esa etapa. Ahora mi vida está en el Perú ya me acostumbre a vivir aquí, si vuelvo a Cuba es sólo para pasear". Los ojos de Inés se humedecen, la voz se entrecorta ella no puede negarlo, aunque quisiera, extraña más que a nadie su Cuba de antaño.

arriba
¡Cuidado con lo que escuchas!

Según Inés si algún peruano desea viajar a Cuba es necesario que esté atento a las palabras que escucha para que después no salga sorprendido y se ahorren una discusión o un mal entendido.

Villa El Salvador se encuentra ubicado a 25 kilómetros al sur de Lima, capital de Perú, en la costa central. A este lugar se puede acceder en un recorrido de hora y media, por ómnibus, desde el centro de la capital. Este distrito se fundó el 11 de mayo de 1971 siendo parte del distrito de Villa María del Triunfo. Adquiere la categoría de distrito, mediante la promulgación de la ley 23695, el 1 de junio de 1983. A 15 minutos del Parque Industrial, ubicado en el centro del distrito, siguiendo por la ruta A, se encuentra la zona conocida como Pachacamac.

En todo este lugar, el cemento y asfalto le han ganado espacio a la arena, hasta los cerros se ven irrumpidos por el afán de subsistencia del hombre. En uno de estos, otrora, arenales fueron llevados los cubanos asilados en el Perú del año 80. Ya llevan 21 años viviendo allí desde que el ex presidente del Perú, Fernando Belaunde, les donó este espacio en 1983 para vivir momentáneamente hasta que pudieran llegar a su destino final, Estados Unidos.

Los que se quedaron en el Perú lograron crear familias y ya han formando la primera generación de peruanos-cubanos.

El desarrollo de este sector también se ve forjado por la labor comunitaria de estas personas. Albañiles, carpinteros, gasfiteros o mecánicos son algunos de los oficios en el trabajan para poder mantener a sus familias. Pero, hay algunos que reciben dinero de sus familiares del exterior.

"Hemos luchado mucho por seguir aquí. Todos piensan que este lugar es peligroso, que te roban o te asaltan pero cuando llegan se dan cuentan que no es así" dice una de las habitantes cubanas. Para ellos, todo esa mala fama se debe a los propios peruanos. "Ellos son los que roban, no nosotros. Aquí nadie nos defiende y por eso todos nos acusan" me comentan de forma enérgica.

La visita de los amigos

Inés cuenta que en Pachacamac se recuerda mucho la visita de compatriotas famosos como Willi Chirinos y Albita. Wiili creó, hasta hace algunos años, una fundación de ayuda a los asilados cubanos de cualquier parte del mundo. Esta fundación, en el año 1997, llevó a 15 niños, de este lugar, a que conozcan Disneyworld. Los niños de ese entonces ya crecieron y recuerdan con mucho cariño esas épocas..

El Veraz



Albita, en 1999, también los vino a visitar. En este lugar cantó a capela y bailó casi todo el día. Luego, contrató buses y los invitó a su concierto. Sólo esos dos personajes llegaron hasta este lugar. Ni Celia, ni Gloria Estefan y muchos otros, que pisaron suelo peruano, se atrevieron a llegar aquí.

¿Quién se acuerda de ellos?

Evangelio tiene la ayuda de la Comisión Católica de Migraciones que mensualmente le aporta con una cantidad simbólica para subsistir, alrededor de 200 soles. Esta institución se ha hecho cargo de los casos más alarmantes, en especial a los que viven solos, de los asilados cubanos del año 80. Actualmente están ayudando a 20 personas y Evangelio es uno de los favorecidos.

La embajada Cubana en el Perú no se hace cargo de ninguno de ellos. Todos los que se atravesaron a salir del país en el año 80 sabían que no iban a recibir ayuda de su gobierno. Fidel aclaró en su momento que cualquier persona al salir como asilado político del país no recibiría ninguna ayuda de su gobierno.